

centinela dispara contra el caballo que monta el autor de sus días, precipitando a caballo y caballero por un despeñadero?

Padres borrachos, ladrones, asesinos, madres insensibles, hijos al borde mismo del incesto: nada relacionado con esa institución de las instituciones que es la familia queda a salvo del sarcasmo despiadado de Ambrose Bierce.

Los «Relatos insólitos», de Bierce, pueden clasificarse, grosso modo, en tres grupos: «cuentos de terror y sobrenaturales», «historias inverosímiles» y «relatos de la guerra civil», si bien los límites no son nunca rígidos y todos ellos tienen características comunes.

Para sus «cuentos de terror», Bierce debió de inspirarse, parcialmente al menos, en los relatos macabros que tanta popularidad alcanzaron en la Inglaterra victoriana, en cuya capital el autor pasó tres años (1872-1875) en compañía de su joven esposa tras haberse encargado durante algún tiempo de la página humorística del «San Francisco News Letter and Commercial Advertiser».

Las «historias inverosímiles», si exceptuamos

los relatos de parricidio a que hemos hecho antes alusión, constituyen la parte más endeble de su obra: estos simples «divertimientos» son como un respiro que se concede a sí mismo el gran satírico.

En los «relatos de la guerra civil», por el contrario, encontramos al Bierce más profundo, a un auténtico maestro de ese difícil género, por otra parte tan americano, de la «short story». Con un estilo preciso, intenso y con frecuencia alucinante, con una penetración psicológica fuera de lo común, con un bombardeo satírico constante que no deja tífere con cabeza, Bierce nos ofrece en estos relatos una visión entre cínica y pesimista (?) de ese monumento supremo de la imbecilidad humana que es la guerra. «Su épica —dice Eduardo Chamorro en su presentación— tiene un sesgo repugnante, un sabor a ceniza, a barro y rata muerta, que nos impide participar por vía sentimental en su tragedia».

Hacia el final de su trayectoria vital, en la que sus éxitos profesionales (tras colaborar en el «Argonaut» y ocupar el puesto de redactor jefe del «Wasp», ambos

de San Francisco, se convirtió en «vedette» del «Examiner», de William Randolph Hearst, además de lo cual tuvo la alegría de ver editadas en grueso volumen sus obras completas, incluido su originalísimo «Diccionario del diablo») alternaron con sus fracasos familiares (perdió a dos de sus hijos en trágicas circunstancias y sufrió la separación de su mujer, por todo lo cual hubo de soportar los ataques de los moralistas de turno), Ambrose Gwinet Bierce realizó una última visita a los escenarios de la guerra civil, tras lo cual dicen que se internó solo con su sombra en el Méjico del general Huerta y de Páncho Villa. Corría el año 1913. Su último paradero sigue siendo un misterio.

Yo sólo puedo asegurarles que su espíritu, único, se me apareció la noche en que, a la luz de la lámpara de mi cuarto, abrí las páginas de este sorprendente libro. ■ JOAQUÍN RABAGO.

El caso Ben Barka

«Es por esto, ¡helas!, que una gran parte de la prensa, trabajada por el fermento de la oposición política, atraída por una atmósfera tipo Bellegor, creando y manipulando la evolución de los misteriosos «barbouzes», profesionalmente inclinada a sacar provecho —y es el momento oportuno para decirlo— de la tendencia de muchos lectores hacia las historias que recuerdan a las de «Gorila», a las de «James Bond», a las del «Inspector Leclerc», etcétera, se ha lanzado sin escrúpulos a la explotación sensacionalista del affaire Ben Barka».

Las anteriores son palabras del general De Gaulle, pronunciadas con motivo del escándalo provocado por la misteriosa desaparición del líder de la oposición marroquí Ben Barka. Ante los hechos reales, cabe interrogarse sobre

la honestidad y decencia del orador, pero probablemente resultaría ocioso. Lo que está claro es lo confuso de la expresión y lo equívoco de las consideraciones del general, pues el tinte al que se refería superaba con creces cualquier maquinación ficticia tramada por un alucinado Ian Fleming, como asimismo está claro que no había que escrutar a la prensa para investigar quién o quiénes hacían más gala de carencia de escrúpulos. El libro ¿Quién mató a Ben Barka?, de Guido Gerosa, editado por Dopesa, pone sobradamente de manifiesto lo que digo.

El interesantísimo trabajo de Guido Gerosa se centra no sólo en la exposición de los hechos referentes al secuestro —en pleno París y por policías franceses— y posterior asesinato —a manos del general Oufkir, ministro del Interior marroquí— de Ben Barka, sino también a los dos procesos que siguieron al asunto, así como al retrato y a la historia de sus protagonistas implicados. El resultado es un complejo engranaje en el que participan elementos de intriga palaciega, servicios de espionaje y contraespionaje y profesionales del «gangsterismo» con un único objetivo: la eliminación física de uno de los más lúcidos y significativos líderes del Tercer Mundo, cuya tragedia queda bien patente a lo largo de las páginas de este libro de lectura apasionante. ■ CH.

Espanoles de posguerra

Uno creía que la posguerra le pertenecía por el hecho de haber nacido con ella. La primera sorpresa uno se la lleva cuando se comprueba que los que la vivieron como adolescentes no la quieren para sí: la rechazan como una pesadilla que destruyó la lógica de su mundo. Y ahora resulta

que dos ciudadanos que nacieron en 1946 y 1947 han tratado de bucear en la sentimentalidad colectiva de los años cuarenta como quien busca la madre de los corderos monstruosos. O en el caso de Diego Galán y Fernando Lara, dos locos por el cine, tal vez se trate simplemente de la búsqueda de la madre de Frankenstein.

«Dieciocho españoles de posguerra» (1) es un libro que recoge dieciocho entrevistas publicadas en su mayoría en las páginas de TRIUNFO por Diego Galán y Fernando Lara. Dos directores-actores: Fernando Fernán-Gómez y Adolfo Marsillach; cinco actores: Aurora Bautista, Fernando Rey, Alfredo Mayo, Francisco Rabal, José Luis López Vázquez; seis directores químicamente puros: Nieves Conde, Del Amo, Rafael Gil, García Berlanga, Bardem y Forqué; cuatro autores teatrales: Sautier Casaseca, López Rubio, Miguel Mihura, Buero Vallejo, Alfonso Sastre. La selección es eso, una selección que escoge y abandona. Pero es una selección muy representativa de protagonistas de la cultura de masas de la España de la posguerra: teatro, cine, radio. Todos los entrevistados están en ejercicio, más o menos. Es decir, desarrollan algún tipo de actuación cultural, influyen de alguna manera en la conciencia social. Y a través de los retratos de los autores tenemos una importante información de las circunstancias que les hicieron tal como son. Los actores han interpretado gran cantidad de papeles, pero sobre todo dos fundamentales: el que les atribuyó una determinada voluntad de crear «una imagen de España» y el que ellos han pugnado por conseguir: el de actor soporte de imágenes al servicio de la reflexión colectiva,

(1) «Dieciocho españoles de posguerra». Biblioteca Universal Planeta. Ilustrado con fotografías de Ramón Rodríguez y Manuel S. Uría.

de la voluntad de crítica y cambio.

Esta es la larga, dura marcha del Fernán-Gómez de Balarrasa, al de Juan Soldado; o del Paco Rabal de Murió hace quince años, al de Buñuel o Antonioni; del López Vázquez hipercómico al López Vázquez de Saura o Armiñán; del Fernando Rey o la Aurora Bautista de Locura de amor, a Tristana o La tía Tula; del Marsillach de Jeromín, al de Tartufo; del Alfredo Mayo de Raza, al de La caza. La debilidad estructural de la industria española, su poquedad económica y oportunismo o impotencia político-cultural, ha convertido a excelentes actores españoles en mercancías que han tenido que forcejear contra corriente para no hundirse en uno de los más grotescos pozos culturales de la historia de la cultura de masas.

Pero si de alguna manera los actores han conseguido realizarse a pesar de las trabas históricas, más difícil lo han tenido los autores y directores. Dependían del capricho de la política y la industria y no tenían, como los actores, la posibilidad de utilizar el consenso público como un arma disuasoria. Obligados a trabajar en condiciones sin posible paralelo extranacional, han sido víctimas de su fidelidad a la lucha por cambiar las condiciones de trabajo y de relación con el público. Mientras Bardem o Berlanga han tenido que recurrir a todas las «elipsis» para conseguir decir un 50 por 100 de lo que querían decir, las culturas foráneas se desarrollaban según un proceso democrático normal, y al incidir posteriormente en el mercado cultural español, tenían las de ganar, en competencia con los productos españoles mixtificados por la censura, la autocensura y la debilidad estructural. Si se ignora este hecho, se ignora la causa fundamental de la impotencia competitiva de la cultura española

Congreso Mundial de la Comunicación o de la Incomunicación

Entre los días 4 y 11 de noviembre se desarrollarán en Barcelona las sesiones de un Congreso Mundial de Comunicación convocado por la «Anche», Asociación de Comunicación Humana y Ecología. Con el patrocinio directo del Colegio de Ingenieros, el congreso promete el interés de un subtítulo suculento: «Manipulación de la Comunicación». Se descompondrá en ocho seminarios: 1. Epistemología de la Comunicación, dirigido por José Vidal Beneyto; 2. También Epistemología de la Comunicación, dirigido por José Luis Aranguren; 3. Comunicación Política, dirigido por José A. González Casanovas; 4. Comunicación Social, dirigido por Castilla del Pino; 5. Seminario de Creatividad, dirigido por J. Keenan y A. Sneyers; 6. De Ecología de la Comunicación, dirigido por Abraham Moles; 7. Comunicación Educativa, dirigido por Octavio Fullat; 8. Comunicación profesional y tecnologías de la comunicación, dirigido por Vázquez Montalbán (por hallarse en el extranjero el encargado, dirigirá el seminario otra persona). Tiene anunciadas ponencias el Grupo del International Research Committee on Mass Communications (del que forman parte Eco, Moles, Veron, Morin y un importante etcétera), Miguel Moragas, Salvador Paniker, Juan Antonio Bofill, Parés i Micas, Román Gubern, Coll Vinet, Martínez Albertos, Jordi Estivill, Ramón Draper, entre otras.